

EL SAQUEO DEL PALACIO DE ALDAMA, UN DOMINGO 24 DE ENERO DE 1869. LOS VOLUNTARIOS DE LA HABANA COMETIERON EN CASA DEL YERNO DE DON MIGUEL ALDAMA, UNO DE LOS MAS INAUDITOS ATROPellos QUE RECUERDA LA HISTORIA DE ESTA PACIFICA CAPITAL.

Hace hoy justamente 63 años que esta ciudad de La Habana, entonces tranquila capital de la "Siempre fiel Isla de Cuba", se vió turbada por uno de los hechos más vandálicos tolerados por las autoridades coloniales, impotentes acaso para evitarlos. El domingo 24 de enero de 1869, los voluntarios de La Habana, creados para mantener el orden y proteger a los ciudadanos y llamados por la prensa españolizante de la época "honra de España y orgullo de los buenos españoles", entregáronse desenfrenadamente al saqueo de la residencia de una de las familias más distinguidas de entonces, tachada por ellos de separatista.

Aéusado de conspirador el patricio cubano Miguel Aldama, que se encontraba en uno de sus ingenios en compañía de su familia, dispúsose el registro de su casa, el famoso Palacio de Aldama, situada en la calle de Amistad que hoy lleva el nombre de aquel cubano ilustre y cuyos costados dan a las de Reina y Estrella, edificio ocupado actualmente por una fábrica de tabacos. Presentáronse en la casa nutridos grupos de voluntarios en su mayor parte del Quinto Batallón, aunque también no pocos del Terçero de Ligeros, y procederpm a im ~~manucioso~~ registro, sin ocasionar daños de importancia y hallándose a la sazón en ella sólo el portero y varios criados peninsulares y asiáticos y el Marqués de Montelo, que acababa de llegar.

No así sucedió en la del yerno del señor Aldama, Don Leonardo del Monte, que, en el mismo inmenso edificio, que daba a la calle de la Amistad, colindando por el fondo con la que habitaba la familia de su suegro.

Pretextando que de esta última morada habían hecho disparos sobre los voluntarios, y que en ella se guardaba un depósito de armas, rodeáronla aquellos, capitaneados por algunos jefes y oficiales y en completo desorden; borrachos no pocos y todos bien armados.

Una vez desatada la furia de aquellos enemigos de cuanto olía a cubano, diéronse a cometer los actos del más frenético salvajismo que imaginarse puede. No dejaron sanos muebles, lámparas y espejos; a culatazo limpio abrieron escaparates y armarios haciéndolos añicos; arrojaron por todas partes la ropa y los objetos de arte, que eran muchos por cierto, que contenía la casa, apropiándose los más valiosos; la emprendieron a tiros contra cristales y paredes causando daños considerables y llegando a rasgar con las bayonetas magníficos lienzos; rapiñaron cuanto supusieron de valor y era fácil de llevarse y, no satisfechos con eso, despojaron hasta a los infelices sirvientes que hallaron en la casa, pues por suerte para la familia del señor Del Monte, se hallaba toda en el campo, habiendo dejado la mansión al cuidado de sus criados de confianza. A una doncella inglesa le quitaron cien pesos; al portero veintiseis; a un criado español el reloj y dos billetes de lotería; a otro chino también el reloj y acabaron en bulliciosa y repugnante orgía con los vinos que en sus bodegas guardaba el señor Del Monte.

"Aquellos voluntarios, los sostenedores del orden -la protección de las familias- dice en su número 19 del "Boletín de la Re-

volución"; que se publicaba en New York- dejaba tras de si una huella bien vergonzosa. El asalto, el fracturamiento, el robo, el conato de incendio, el daño bajo todas sus formas imaginables y hasta la violación...! El suelo lleno de fragmentos de cristales, de trofeos despedazados, de ropas amontonadas, de cajas de prendas abiertas, de restos de muebles, de vasos y botellas rotos, de mil objetos en fin. Las paredes y los tapices, los techos y las persianas, y numerosas señales de las balas que al azar fueron disparadas; los armarios forzados, sin hojas algunos, pero todos abiertos! Espejos hechos mil pedazos, pinturas exquisitas heridas por miserables bayohetas. El cuadro, en una palabra, de un atropello verdaderamente salvaje".

"Nosotros tuvimos la oportunidad de contemplar aquel espectáculo y sentimos que el corazón se nos apromía de dolor y de indignación. Habíamos oído hablar de saqueos y de pillajes, en casos muy excepcionales; después de largos sitios, cuando un ejército victorioso ha tenido gravísimos agravios que vengar; cuando sus jefes se han visto en la dura necesidad, de triste recordación siempre para la historia, de satisfacerlos con su horrible concepción, más estábamos lejos, muy lejos de pensar que aquí, en plena paz, hubiera podido cometerse exceso semejante. "Y añade, El Buscapié, corresponsal del citado Boletín en esta capital, y testigo ocular de los hechos, que con tanta graficidad describe, que el acto fué perpetrado nada menos que por los mismos a quienes estaba confiada la guarda del orden y la custodia de las familias.

Afirmaron después aquellos energúmenos que habían encontrado en casa del señor Del Monte parte de las armas que se decía ocultas allí,

afirmación, desde luego, tenida por patraña hasta por las propias autoridades de la colonia; pues las únicas armas que de aquel pillaje insólito hubieran de sacar, fueron las arrancadas de los trofeos con que estaba adornada la antesala, principal del palacio: armas indias, japonesas, moras y mediowvales: "Tampoco- dice un relato de la época- las buscaron los voluntarios en grandes almacenes; sus sospechas parecían reaar sobre los escaparates y prenderos; que si no guardaban efectos de guerra, ofrecieron al menos más satisfactorio cuerpo de delito".

La conducta de los voluntarios se presentaba en esta ocasión en toda su desnudez. En todo el mundo civilizado no se recordaba acción semejante, al menos en pleno siglo diecinueve. Y sin mediar, desde luego, como se ha visto, provocación alguna por parte de las víctimas de aquellos hombres cuyo odio reconcentrado abatía su furia sobre aquella mansión, por el mero hecho de ser de unos cubanos que deseaban y laboraban por la emancipación de su patria de una tiranía odiosa. Desde entonces ya supo La Habana qué cosa esperar de sus pretendidos defensores.

Días antes con motivo de desórdenes ocurridos en un teatro, el General Don Domingo Dulce y Garay, Marqués de Castellflorite, dirigiéndose a los habitantes de La Habana, les decía: "Ciudadanos pacíficos, confianza en vuestras autoridades". Pero tal era la influencia que ejercían en esas mismas autoridades los flamantes voluntarios de la capital que el propio general Dulce dos veces Capitán General de la Isla con el beneplácito de los cubanos, salvo en los últimos tiempos de su mando en que quiso, después del Grito de Yara, apretar la mano, no solamente no pudo impedir el bárbaro acto de

aquellos horteras uniformados, sino que el primero de junio del mismo año hubo de renunciar en manos del Segundo Cabo su alto mando por exigencia del propio cuerpo de voluntarios, pronunciando al ceder a la insolente presión, la siguiente frase justificativa y condenatoria: "Lo hago por evitar mayor mancha a la bandera que armada turba procaz pisotea y escarnece".

En La Habana era "vox populi" que entre los voluntarios corrían listas de personas de importancia que debían ser asesinadas por aquellos y de casa que en determinado momento habían de ser saqueadas, entre las que se hallaba la de Aldama. El acto incivil que acababa de describir sustnació para todos dichos rumores y envalentonados los voluntarios, por su impunidad y por los halagos de la prensa españolizante, no tuvo raro que dos años después hubieran de llegar al climax de su desenfreno exigiendo la inmólación de los estudiantes.

Entre tanto, la fortuna de Aldama, emigrado poco después a New York a donde en substitución de Morales Lemus llevó con el carácter de Agente de la República Cubana en armas la representación de nuestros compatriotas en los Estados Unidos, era confiscada, llegando a morir pobre en 1888 el que era dueño de uno de los patrimonios más cuantiosos y saneados de Cuba, Don Miguel Aldama y Alfonso, hijo de un vizcaíno establecido en esta isla desde principios del siglo XIX y hombre de ideas liberalísimas por las que también padeció persecución, supo laborar desde bien temprano por el bien de su patria. Conspiró con Narciso López; rehusó el título de Marqués que le concedió España en 1864 y el de Gobernador de la Isla que le envió desde París en 1868 el pretendiente a la Corona de España, Don Carlos de Borbón, si se hacía su parcial. Aún cuando fué anexionista, le

fué de buena fé y como se ha visto, supo sacrificarlo todo por librar a Cuba del pesado yugo español que en no pocos actos como el de esta efemérides se manifestaba. Hoy, como todos sabemos, el busto de este insigne patricio se alza frente a la casa contra la que saciaron su furia los enemigos de Aldama y de Cuba, no pudiendo cebarse en su persona ni en la de los suyos.

El Mundo, La Habana, enero 24 de 1932.